

Índice

<i>Introducción</i>	11
La «moderación» comunista	15
La importancia del voto comunista	19
Carrillo: No tenemos dinero ruso	25
Tamames, a la alcaldía	27
Puntualización de Santiago Carrillo	33
Después del V Congreso del PSUC	35
Eurocomunistas igual a más comunistas y más demócratas.....	43
Hay que superar la cultura tradicional del movimiento obrero	49
El anticomunismo favorecerá al PSOE	55
¿Por qué en 1983?.....	63
¿A qué se juega?	69
Un gran político europeo, un líder comunista.....	73
Mi homenaje. La muerte del viejo profesor	79

La entrevista Iglesias-Carrillo	83
La unidad comunista ante las elecciones	87
<i>Sostenella y no enmendalla</i>	93
La desmentida muerte de Kim Il Sung	101
La unidad comunista, tarea urgente.	
La división de la izquierda 1	105
IU, una etapa sobrepasada.	
La división de la izquierda 2	113
El PSOE, contra los sindicatos	121
Dolores, seguiremos luchando	127
De la peluca a la legalización del PCE.....	131
El fascismo, olvidado	147
Aclaración	151
En torno a la política de Defensa	153
Reflexiones sobre el problema vasco	159
Una tarea ciclópea	165
Un compromiso histórico	169
El síndrome de los Balcanes	173
De la ciencia-ficción a la política-ficción	181
Un aniversario lejano	187
Y ahora, ¿qué?	193
La memoria histórica	199
Gobierno y oposición ante la marea negra	205
La amenaza nuclear	213
¿Qué hace el Rey?	221
El papel de la ONU	227
El Estado autonómico y la unidad de España	235
Hablemos claro.....	243

En memoria de Tomás García, <i>Juan Gómez</i> , dirigente del PCE	251
¿Una segunda fase de la transición democrática?	255
Una oportunidad que no debemos perder	263
Interpretación del voto francés	269
Siempre abierto a lo nuevo	273
Naciones y nacionalidades	277
Réplica de Santiago Carrillo	285
La campaña contra Rodríguez Zapatero	289
Un viraje radical de la izquierda <i>abertzale</i>	297
La estrategia del temor.....	305
Un rumbo equivocado.....	311
Juan Negrín y los comunistas	317
La Transición vista por Carrillo	325
La paz, ¿el sueño de una noche de verano?.....	337
¿De espaldas ante el más peligroso terrorismo?	345
Un acto decisivo en el salto a la democracia	353
Irak, la tentación de extender el incendio.....	357
Carta a un amigo vasco	363
Hombre de una pieza.....	371
Tras el debate sobre la crisis	375
Occidente se equivoca con Rusia.....	381
La guerra que pudo evitarse	387
Afganistán, un pozo sin fondo.....	397
La experiencia vietnamita	401
Sabino Fernández Campo, un hombre de Estado	405

¿La guerra de Bush o la de Obama?	409
El día que la Constitución se reforme	413
¿Hacia dónde vamos?	419
Enrique Curiel: adiós a un gran amigo y político	423
¿Es posible una reforma global del capitalismo?.....	429
¿Quién le pone el cascabel al gato?.....	435
Carles Navales, <i>el noi del vidre</i>	441
¿Por qué no reformar los mercados?.....	445
¿Dónde está el problema?.....	451
¿Volvemos a los tiempos del miedo?	457
José Sandoval, un veterano de la resistencia contra el fascismo	463
Lise London, una heroína de la lucha antifascista	467

Introducción

Este libro contiene más de setenta artículos que he publicado en *El País* desde el principio de la Transición. No se trata de una colaboración regular, semana tras semana o mes tras mes y, sobre todo los primeros, están muy espaciados en el tiempo. Al principio solicité la tribuna de ese gran diario en algunas ocasiones concretas aunque tras abandonar los cargos políticos mi colaboración como analista de la situación nacional e internacional me llevó a colaborar más frecuentemente y siempre con total libertad de opinión.

Escribo este texto en un momento de crisis económica mundial que golpea a España con especial dureza. Escribo estas líneas el día en que el Gobierno ha dado oficialmente la cifra de más de 5.200.000 parados que en las semanas, los meses y hasta los próximos años puede crecer inexorablemente. Los mercados, esas estructuras

especulativas que funcionan como un gran casino tras el cual se hallan los bancos, las empresas inversoras y de calificación, conforman un sistema financiero que se ha convertido en el poder que hoy dirige al mundo y domina los poderes políticos. La sociedad ha perdido el control de su propio destino, control arrebatado por quienes no responden ante nadie de su gestión. La democracia no funciona, los poderes políticos se alejan del pueblo y al final a éste sólo le queda la calle para expresar su malestar y su confusión. Todo ello va conduciéndonos a una situación cada vez más caótica, de la que podría surgir hasta un nuevo fascismo.

La gente sencilla no comprende bien lo que sucede. No comprende que las medidas que le imponen sean las mismas en la Grecia endeudada y en la España o el Portugal empobreciéndose que en la rica Alemania. La austeridad que se aplica tiene consecuencias distintas para unos y para otros. Para los más pobres es sencillamente la ruina, que a este paso puede terminar afectando a todos. Y esto ¿por qué? Porque hay que satisfacer a los mercados, que continúan sus juegos de casino, sus especulaciones, indiferentes a cuanto están sufriendo pueblos enteros.

Se está diciendo que la solución a esta crisis es MÁS EUROPA, más integración. Se ha puesto de moda el término GOBERNANZA. Pero hasta ahora los métodos con que se ha construido la UE han tenido poco de democráticos. Ha sido una obra de gobernantes y de tecnócratas más que de los mismos ciudadanos. Se ha construido muy por arriba,

con un criterio que se ha llamado funcional. Y ahora se pretende hacer lo mismo con un nuevo pacto, preparado por los tecnócratas, que va a imponer el criterio de los más poderosos, y en último término el de los mercados.

Yo creo que hay dos caminos para construir Europa, y si no los hay debería haberlos: el de la derecha y el que debería elaborar la izquierda. Hasta ahora se ha seguido el de la derecha, que ha fomentado el euroescepticismo. Sería necesario pensar en un camino más democrático, que en lugar de acentuar las distancias del desarrollo entre unos y otros países ayude a superarlas. Si no, la gobernanza va a servir para profundizar en las diferencias, y la unidad de Europa puede terminar saltando por los aires.

Si volvemos a lo esencial, hay que hacer frente a la crisis. Pienso que al convertir el problema de la deuda de los Estados en la cuestión principal, siguiendo el criterio del sistema financiero que la provocó, sólo se ha conseguido convertirla en algo crónico que puede terminar muy mal para los países pobres y para los ricos. Ya se advierten signos de este peligro hasta en Estados Unidos.

La cuestión principal no es la deuda, sino la crisis, que provoca paro, destruye empresas pequeñas, medianas e incluso algunas grandes, y produce miseria y pobreza. Y su solución demanda serias reformas del sistema capitalista.

No se trata del fin del capitalismo. Se trata de que este sistema no funciona, y no funciona porque el sector financiero ha adquirido un desarrollo monstruoso que ya no sólo impulsa al sector productivo, el comercio, los servicios,

sino todo lo que es importante para normalizar la vida de los ciudadanos e incluso de los negocios no especulativos.

Se trataría de una reforma global que transforme el sector financiero en un servicio público a cargo de los Estados y de las instituciones internacionales adecuadas. Sé que es una reforma difícil porque necesitaría un nuevo pacto político y social entre el mundo del trabajo y del capital. Pero es una idea que tendría que hacer su camino, y que necesitaría el apoyo de una izquierda mundial seriamente reformista, que hoy está todavía en pañales.

Sin reformas de este tipo la sociedad retrocedería al periodo histórico en el que la disyuntiva reforma o revolución dividió al movimiento obrero y a los sectores más avanzados de la sociedad.

El recurso que parecen defender los sectores dominantes hoy en la sociedad para salir del atasco de la crisis, utilizar los excedentes —las sobras— de la actual política de apoyo a la banca y de sumisión a los mercados, no es más que una trampa. Con las sobras no habrá para relanzar el crecimiento de la economía. Si la socialdemocracia no rompe con la actual política deberían aparecer fuerzas nuevas que se hagan cargo de la tarea de salvar la civilización, el bienestar, la democracia y la paz, de impedir un retraso humano de más de un siglo.

27-I-2012

La «moderación» comunista

En este país, donde durante cuarenta años se han estado diciendo los mayores horrores contra los comunistas, se produce ahora la rara coincidencia de reprocharnos nuestra «moderación».

Casi se nos acusa de querer ocupar, con fines electoralistas, el espacio político que correspondería a otras fuerzas.

¡Un poco de seriedad, señores! Lo que se denomina «moderación» comunista no es una política que hayamos inventado a última hora para ganar votos. Es una constante de nuestra orientación desde hace muchos años, cuando algunos de los que ahora nos critican no pensaban seguramente en ser candidatos. Ahora todo el mundo habla de reconciliación nacional, de superar la división entre vencedores y vencidos, de enterrar el hacha de la guerra.

Pero en 1956, cuando nadie se expresaba así, el Partido Comunista fue el primero en elaborar y lanzar esa política, entre la sorpresa de unos y la irritación de otros que nos acusaban ya entonces de moderación y seguían manteniendo enhiestas las banderas de la Guerra Civil.

También fuimos los primeros en iniciar el acercamiento a los movimientos cristianos y en pretender el fin de la contradicción secular entre Iglesia y democracia. Y los que todavía seguían — en sentido figurado — desayunándose todas las mañanas con carne de cura nos lo reprocharon agriamente. Hoy parece que en la izquierda todo el mundo comparte, más o menos, esas posiciones.

Del mismo modo se nos acusó de ingenuidad y hasta de capitulacionismo cuando, hace bastantes años, empezamos a propugnar un acercamiento entre pueblo y Ejército. Actualmente ¿quién niega la necesidad de ese acercamiento para garantizar la consolidación pacífica de un sistema de libertades?

Cuando, también hace años, empezamos a preconizar el «pacto para la libertad», basado en un acuerdo nacional entre fuerzas trabajadoras y burguesas, entre demócratas y sectores reformistas desprendidos del franquismo, se decía que éramos utopistas, cuando no se nos condenaba por pretender una convergencia con fuerzas social y políticamente adversas. Y, sin embargo, las cosas están marchando por el rumbo que habíamos previsto.

Igualmente, conscientes de las dificultades de la transición de la dictadura hacia la democracia, habíamos

elaborado para esta fase un programa económico en el que se preveían pasos muy medidos para no provocar tensiones peligrosas.

Y ahora ciertos partidos vienen y nos dicen: «¡Eh!, estáis ocupando “nuestro” espacio político. Desplazaos hacia posiciones izquierdistas, dejadnos cómodos». Otros nos acusan de ponernos una piel de cordero para engañar incautos.

Por una vez, y aunque se enfaden quienes nos critican, había que responderles con cierta claridad.

El espacio político que estamos ocupando, la política que venimos defendiendo son exactamente los que hemos mantenido desde hace, por lo menos, veintiún años. ¿Con qué derechos se nos pide ahora que los abandonemos, que se los dejemos a los que se han despertado en vísperas de la legalidad y de las elecciones?

Aunque nos duela irritar ciertas epidermis ultrasensibles, a veces de gentes amigas y embarcadas, mal que les pese, en la misma galera que nosotros, tenemos que decir que durante largos años en este país sólo ha habido un partido de oposición seriamente organizado y que hacía política de verdad, con visión de porvenir y sin improvisar. Ese partido era el Comunista. Muchos no reconocerán esto públicamente nunca, pero están convencidos, en su fuero interno, de que es cierto.

Pues bien, que creen ellos su auténtico espacio político, haciendo política y no dando bandazos. Unas veces a la izquierda, otras a la derecha. Que empiecen a ac-

tuar de verdad como partidos políticos serios y responsables. Y si coinciden con nosotros en unas u otras cosas, que lo digan honestamente y no pretendan que les hemos arrebatado lo que por derecho casi divino les pertenecía.

En el fondo dan la impresión de que desearían que los comunistas fuésemos como nos describía la propaganda fascista y no como realmente somos.

Lo lamentamos, pero no podemos complacerles. Aquello que se llama «moderación» comunista, no es más que realismo, conocimiento de lo que hoy se puede y se debe hacer, espíritu de responsabilidad por la suerte del país. Y aunque estamos legalizados y podemos hablar sólo desde hace pocas semanas, los españoles se percatan, más rápidamente de lo que algunos creían, de estas calidades. Por eso el 15 de junio muchos, superado el temor, van a votar resueltamente las candidaturas del Partido Comunista de España, que ha huido de la demagogia electoralista como de la peste.

9-VI-1977

La importancia del voto comunista

Las elecciones del 1 de marzo tendrán gran importancia para la marcha de España hacia el desarrollo y consolidación de una democracia avanzada. Cada ciudadano de este país debe ser consciente de que su voto va a decidir nuestro destino por cuatro años, y probablemente bastantes más. Y que debe juzgar a los partidos más por sus hechos que por sus palabras.

El fallo principal de este periodo constituyente ha sido la ausencia de un Gobierno que representara a todas o a las principales fuerzas interesadas en el cambio democrático. Un Gobierno de este tipo hubiera poseído la autoridad moral y política para acometer más eficazmente la solución de los problemas económicos y sociales creados por la crisis; para enfrentarse con el terrorismo y garantizar la seguridad ciudadana, extendiendo y consolidando a la vez las libertades democrá-

ticas. Los inconvenientes que hubieran podido provocar los contrastes y problemas propios a toda coalición, habrían quedado superados, con mucho, por el mayor arraigo y confianza popular obtenido por un Gobierno así.

Si me refiero a este fallo no es para lamentarme de algo que ya no tiene remedio, sino para ver dónde está la responsabilidad, porque el Gobierno monocolor y minoritario de la UCD no era una fatalidad inevitable a partir del 15 de junio de 1977.

Cierto: la responsabilidad principal corresponde a UCD, a su voluntad de monopolizar el poder, y de lograr con una política adecuada identificar el nuevo partido con los intereses de la finanza y la industria, transformándose en el representante político de esta clase. Así hemos tenido un Gobierno con banqueros e industriales, pero sin un solo representante de los trabajadores. La clase obrera y los trabajadores han permanecido totalmente marginados del control de la transición.

Pero la responsabilidad alcanza también al PSOE, cuya fuerza parlamentaria era suficiente para lograr la formación de otro Gobierno. Nosotros se lo propusimos a partir del día siguiente a las elecciones pasadas. Pero el PSOE no quería tampoco un Gobierno fuerte de unidad democrática; eran los tiempos eufóricos en que los compañeros socialistas, con la divina sorpresa electoral, estaban convencidos de que la democracia en España se hallaba plenamente consolidada y que lo que

interesaba es que se desgastara UCD para alcanzar, con un simple corrimiento de votos, el Gobierno para el PSOE.

Por eso, la táctica socialista ha sido la de arañar a UCD facilitándole, sin embargo, como ahora reconoce Felipe González, cuantos balones de oxígeno fueran necesarios para mantener el Gobierno. El PSOE no podía derrotar a la formación monocolor de Suárez con su oposición testimonial en las Cortes; pero podía, máxime con nuestro apoyo, lograr un cambio ampliando su composición.

El PSOE nunca se lo propuso. Y cuando los comunistas advertíamos de los peligros reales de la transición, de que en España la situación requería el entendimiento entre todas las fuerzas democráticas, se burlaban de «nuestro catastrofismo». Hasta que llegó la Operación Galaxia y, viéndole las orejas al lobo, el PSOE habló, por primera vez, de entrar en el Gobierno. Y ahora, a pesar de las incontinencias de la precampaña electoral, ya no se oculta la perspectiva de un Gobierno posible con UCD después de las elecciones.

Pero lo inquietante es que el PSOE se orienta hacia esa solución rompiendo sus lazos con la izquierda. Así ha sucedido en Cataluña con la Entesa; en el resto de España, con su negativa a hacer coaliciones para el Senado, y en los ayuntamientos rurales para las elecciones municipales. Múgica proclama que «nada con los comunistas». Se perfila así una peligrosa tendencia socialdemócrata

que comienza ya a inquietar a las bases del PSOE y que puede favorecer al centro-derecha.

No es lo mismo una política de coalición sobre bases socialdemócratas, en las que el PSOE sería un simple auxiliar del centro, que una política de coalición, en la que la izquierda, unida y no enfrentada, tenga un peso específico importante.

¿Cómo asegurar esto último? ¿Cómo salvar al PSOE del hundimiento en una política socialdemócrata y antiunitaria? No hay más que un camino: logrando que la representación comunista sea más fuerte de lo que es, llevando más diputados y más senadores comunistas a las Cortes, votando más al PCE.

Las relaciones de unidad entre la izquierda son también relaciones de fuerza. La existencia de una importante minoría parlamentaria comunista ayudaría a las corrientes unitarias y de izquierda dentro del PSOE a no ser anegadas por la presión socialdemócrata.

Estas elecciones deberían servir para descartar un Gobierno de centro-derecha, que pondría en cuestión el contenido democrático de la Constitución y que se asemejaría demasiado a lo que fue el régimen pasado; deberían servir para formar un Gobierno de amplia base, progresista, que abordase con decisión los graves problemas económicos sociales, en primer lugar, el del paro; que diera soluciones políticas y técnicas con la iniciativa y la energía necesarias al terrorismo y a la inseguridad ciudadanas; que garantizase, de verdad, el desarrollo y la defensa de la democracia.

En ese Gobierno la izquierda tendría que estar presente; pero no como resultado de una ruptura en su seno y de un desplazamiento del PSOE hacia la derecha, sino de un acuerdo y un entendimiento entre socialistas y comunistas.

Para conseguirlo, insisto, hay que reforzar el voto comunista. No hay otro camino.

8-II-1979